

La polémica sobre la lucha armada en Argentina

Pablo A. Pozzi

El tema de la guerrilla revolucionaria en Argentina sigue concitando, treinta años después de aquella gesta, el interés de amplios sectores de la población. Sin embargo, y con algunas notables excepciones, existe una escasa discusión y comprensión en profundidad de su historia, su significado, y de la sociedad que la gestó. Lo escaso del debate es notable porque una de las primeras obras sobre el tema, la de Richard Gillespie¹ sobre Montoneros, lanzó una cantidad de hipótesis y conclusiones que llamaban a profundizar la investigación y de hecho polemizaban con las versiones oficiales tanto de los antiguos militantes como de lo que se denominó genéricamente “el alfonsinismo”. Por ejemplo, dudo que algunos de los autores que han escrito sobre el tema coincidieran con mucho de lo expresado por Gillespie. Inclusive, casi pasó desapercibido que la versión en castellano de esta obra, publicada en 1987, contaba con un prólogo de Félix Luna cuyo objetivo era plantear la teoría de los dos demonios² en contraposición con el resto del libro. Otros estudios serios de aquella época, como el de Oscar Anzorena³ y el de Germán Gil⁴, que deberían haber servido como disparador de discusiones, fueron opacados por libros superficiales que tendían más a obscurecer que a comprender al fenómeno de los guerrilleros “setentistas”. Así, una cantidad de obras se convirtieron en la “historia oficial” a pesar de contar con escasísima investigación. Ejemplo de esto son los escritos de periodistas políticos como Pablo Giussani⁵ o Carlos Brocato⁶, el anecdotario anti Montonero de Juan Gasparini⁷, o el trabajo sociológico de María Matilde Ollier⁸ cuyo eje era el análisis del discurso de los guerrilleros peronistas para plantear que eran culturalmente “autoritarios”.

El éxito de la periodista María Seoane⁹, cuyo libro sobre el líder el Ejército Revolucionario del Pueblo Mario Roberto Santucho se publicó en 1991, llevó a una gran cantidad de trabajos que aceptaban tácita o explícitamente las premisas básicas del

¹ Richard Gillespie. *Montoneros. Soldados de Perón*. Buenos Aires: Editorial Grijalbo, 1987.

² Esta teoría plantea, esencialmente, que la violencia guerrillera engendró la violencia del estado, siendo tan reprehensible una como la otra, y estando ambas al margen del conjunto social. Así, si los jóvenes revolucionarios no se hubieran volcado a la lucha armada tampoco hubiera habido terrorismo de estado.

³ Oscar Anzorena. *Tiempo de violencia y utopía*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1988.

⁴ Germán Roberto Gil. *La izquierda peronista (1955-1974)*. Buenos Aires: CEAL, 1989.

⁵ Pablo Giussani. *Montoneros. La soberbia armada*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984.

⁶ Carlos Brocato. *La Argentina que quisieron*. Buenos Aires: Sudamericana-Planeta, 1985.

⁷ Juan Gasparini. *Montoneros. Final de cuentas*. Buenos Aires: Puntosur, 1988.

⁸ María Matilde Ollier. *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*. Buenos Aires: CEAL, 1986.

⁹ María Seoane. *Todo o nada. La historia secreta y política del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 1991.

consenso oficialista. Durante la última década hemos visto un alud de estudios, memorias, trabajos periodísticos, recopilaciones documentales, y algunas investigaciones científicas. Lo que casi no hemos visto, más allá de alguna invectiva, es polémica. En otras palabras: no hemos llevado adelante una discusión seria sobre la guerrilla. Es como que cada uno prefiere dejar asentada su versión sin discutir las hipótesis, las premisas, y la recopilación de datos de los demás.

Lo peligroso de esto último es que lejos de lograr una síntesis que permita al conjunto social aprehender y aprender de la experiencia revolucionaria, existe una masa de trabajos que en el mejor de los casos no superan lo anecdótico y en el peor reescriben la historia según sus conveniencias o la tergiversan. Un ejemplo de lo anecdótico, que resulta en una tergiversación, es la obra de Anguita y Caparrós *La Voluntad*.¹⁰ Escrita en forma amena, llena de anécdotas interesantes y noveladas, parecería que el fenómeno “setentista” fue casi exclusivamente de Buenos Aires y vinculado a la Juventud Peronista. Las escasas y escuetas referencias a otras organizaciones o al escenario nacional contrastan fuertemente con el eje porteño-céntrico. En cambio, ejemplos de la reescritura de la historia según la conveniencia política del momento se pueden ver si contrastamos las dos ediciones de *Los últimos guevaristas* de Julio Santucho, o las varias obras de Enrique Gorriarán Merlo (*Democracia y Liberación* de 1985, la entrevista realizada por Samuel Blixen en 1988, y sus *Memorias* del 2004); y ni hablar de las variadas versiones de los dirigentes montoneros Perdía y Vaca Narvaja. Inclusive una obra de bastante seriedad analítica y autocrítica como la del dirigente del PRT-ERP Luis Mattini cae en callar una serie de cuestiones incómodas.¹¹ Me consta que muchos de sus antiguos compañeros y otros investigadores tienen fuertes críticas y discrepancias que, sin embargo, no se manifiestan cuando escriben su propia versión.

Otra cuestión son los mitos y los silencios. En mi propio trabajo¹² comencé con una concepción sobre el PRT-ERP derivada tanto de la experiencia personal como de los propios escritos partidarios y del folklore de los militantes. En el proceso de la investigación si bien algunos conceptos fueron confirmados; otros se revelaron falsos o inexactos. Esto fue particularmente duro porque los datos relevados tendían a cuestionar tanto la eficacia de mi memoria como lo que yo había entendido como mi experiencia

¹⁰ Eduardo Anguita y Martín Caparrós. *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 1998. 3 vols.

¹¹ Luis Mattini. *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1990. Mis propias críticas a esta obra fueron hechas en la obra más abajo.

¹² Pablo Pozzi. *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Eudeba, 2001.

personal y la de los militantes que conocía y apreciaba. Pero más aún, muchos de esos datos implicaban que debía buscar respuestas o sugerir hipótesis que en varios casos no eran gratas a la construcción que había realizado de mi propia historia, de mi generación y de mi país. Por ejemplo, para mí los militantes del PRT-ERP eran seres excepcionales. La investigación reveló que efectivamente había individuos que lo eran, pero también que había otros que dejaban mucho que desear, y una cantidad muy grande eran gente común con virtudes y defectos. Pienso que la organización potenció las virtudes haciendo al conjunto, y no a los individuos, algo excepcional. Pero también pienso que cuando la organización no lo hizo, los defectos también se magnificaron. En esta mitificación no fui el único: por ejemplo, Gregorio Levenson y Ernesto Jauretche publicaron un libro titulado *Héroes. Historias de la Argentina Revolucionaria*.¹³

Asimismo, el PRT-ERP fue una organización de su época y de la sociedad argentina. Por ejemplo, al igual que la clase obrera argentina, como organización obrerista el partido tenía múltiples formas de machismo. Este machismo era menos que en el conjunto de la clase (razón por la cual captó un número muy importante de mujeres), sin embargo existieron formas de discriminación de la mujer. Al igual que mis testimoniantes, esto no lo percibí en su época y me costaba mucho admitirlo años más tarde. Sin embargo, era lo que quedaba claro tanto en los testimonios como en los boletines internos de la organización y en su prensa. Por ejemplo, si bien Mattini (en su ensayo en el libro de Marta Diana) admite el machismo de la organización, también es partícipe cuando plantea que muchas de las militantes del PRT-ERP “se alistó para seguir a su compañero”.¹⁴ Estos mitos y silencios recorren casi todas las obras sobre el tema. Recién ahora algunos investigadores han tomado el tema del género (Marcela Nari fue una pionera en esto). Tampoco hay referencias al tema de los militantes homosexuales y el trato que recibían en las organizaciones. Más sorprendente han sido los silencios en torno a la relación de la guerrilla con la clase obrera, o a su inserción social. Una de las cosas que más me llamó la atención de las respuestas a mi trabajo sobre el PRT-ERP es que esto último había sido una preocupación central del mismo. Cuando se lo citaba o se lo criticaba, si bien se mencionaban otras cosas, este aspecto era totalmente ignorado tanto para acordar como para discrepar con lo que yo decía.

¹³ Ediciones del Pensamiento nacional, 1998.

¹⁴ “Luis Mattini recuerda a las mujeres del PRT-ERP”, en Marta Diana. *Mujeres guerrilleras*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 1996, pág. 370.

Mi impresión es que hay una inmensa cantidad de cosas de las que no hablamos (o no deseamos recordar) al lidiar con la experiencia guerrillera. De hecho si algo me gustó de la obra de Seoane es la humanización del líder guerrillero, aunque discrepo profundamente de su interpretación de los hechos y de la reivindicación de algunos militares o de la coordinadora radical. Una excepción a todo esto es el libro de Gustavo Plis¹⁵, de lejos lo mejor escrito e investigado sobre el tema. Su cuidadosa reconstrucción del copamiento a Monte Chingolo es excepcional porque trasluce su admiración, cariño y respeto por militantes profundamente humanos, con múltiples virtudes y defectos; todo sin silenciar una cantidad de hechos que defenestran los mitos (por ejemplo, deja en claro la responsabilidad de Santucho en realizar un copamiento que estaba “cantado”).

Por debajo de todo lo anterior se han instalado una serie de postulados que son rara vez cuestionados y que subyacen a gran parte de los libros y artículos publicados sobre el tema. Estas premisas obedecen tanto a debates y alineamientos militantes en la época como a posturas ideológicas actuales derivadas tanto de las consecuencias de la represión dictatorial y de la derrota de las organizaciones, como al alineamiento político y la necesidad de justificar el mismo. En síntesis, lo que parece haberse establecido como un lugar común de muchos trabajos sobre el período puede resumirse en los siguientes conceptos:

- La guerrilla fue principalmente un fenómeno de sectores medios estudiantiles, impactados por la gesta guevarista y por ende no eran representativos de un fenómeno social más amplio;
- La violencia política emergió en la Argentina con la guerrilla;
- La guerrilla no comprendió ni valoró la democracia;
- La guerrilla, con su accionar, provocó el golpe;
- La guerrilla marxista –sobre todo el PRT-ERP y en menor grado las FAR—no comprendió ni al peronismo ni a Perón aislándose así de las masas y contribuyendo a su propia derrota. De hecho, toda la izquierda era marginal en la vida política argentina.
- Si bien los militantes eran gente ejemplar, sus direcciones eran autoritarias, o peor aun fueron las responsables del genocidio de 1976.

¹⁵ *Monte Chingolo*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 2003.

En cuanto al primer punto, es difícil generalizar. Sin embargo, una primera impresión a partir de los numerosos testimonios y memorias es que la guerrilla se nutrió en los más amplios sectores sociales. De hecho, mi propia investigación sobre el PRT-ERP demuestra a las claras que por lo menos esa organización tenía una composición social bastante cercana a la de la sociedad argentina de la época. Más aun, esa organización contó con una cantidad elevada de militantes obreros con antecedentes personales o familiares en el peronismo. La visión de que sus componentes provenían principalmente de sectores medios, quizás, es un resultado de que son éstos los que tienen mayor posibilidad de publicar y difundir su versión de la historia. Con esto no quiero decir que ésta es falseada conscientemente, sino más bien que es producto de experiencias y vivencias parciales. En cambio la investigación de los hechos demuestra que el PRT-ERP fue una organización genuinamente nacional con células a través del país incluyendo pequeñas ciudades provinciales. Creo que el caso de Montoneros es similar. Lo notable del período es que todas las organizaciones, armadas y no armadas, peronistas y marxistas, que planteaban el cambio social crecieron en forma impresionante y muy rápidamente. De hecho todas las organizaciones políticas reclutaron peronistas, no peronistas, y una gran cantidad de gente casi sin antecedentes políticos previos. Esto cuestiona la intencionada visión de Carlos Flaskamp¹⁶ por la cual “los militantes que tomaron las armas desde el peronismo tuvieron un anclaje directo en la situación que vivía nuestro pueblo desde 1945”. ¿Qué quiere decir con “anclaje”? ¿Cómo se mide esto? Es más una afirmación de fe partidaria (y anti izquierdista para no decir macartista) que una constatación de la realidad. De hecho (y esto es fácil de comprobar) tanto el PRT-ERP como organizaciones no armadas como el PST, el PCR, VC o el mismo PCA tenían inserción fabril tan importante como Montoneros, o muchas veces mayor.

El crecimiento de las guerrillas se dio principalmente después de 1973 llegando a un pico en las jornadas del Rodrigazo, en 1975, donde el componente obrero de las mismas creció en forma notable. Sin embargo, un lugar común de la bibliografía es remarcar que la inserción guerrillera entre la clase obrera fue dificultada por el accionar armado. Así, cuando José Amorín o Miguel Bonasso¹⁷ critican a Montoneros por ejecutar a José Rucci, planteando que la clase obrera repudiaba esa acción, no explican

¹⁶ Carlos Flaskamp. “En respuesta al artículo de Gabriel Rot”. *Lucha armada* 2 (abril-mayo 2005), pág. 104.

¹⁷ Miguel Bonasso. *Diario de un clandestino*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 2000; pág. 151.

por qué tantos activistas trabajadores ingresaron a la misma después de ese momento. Si esa acción fue un parteaguas político, no explican tampoco por qué ellos no se alejaron de la organización. En la práctica la ejecución de Rucci, al igual que tantas otras cosas, demuestra lo difícil de interpretar el momento desde el hoy: son más los grises que los momentos blancos o negros. Políticamente no acordaba ni acuerdo con la ejecución de burócratas sindicales como forma de desplazarlos. De hecho si los trabajadores tienen suficiente conciencia como para comprender esa acción entonces no hace falta ejecutarlos porque se los puede desplazar por el accionar de masas; y si no la tienen entonces esa acción es, en el mejor de los casos, una lucha de aparatos. Pero al mismo tiempo, mi recuerdo es que personalmente lo viví con alegría; y si bien en el activismo había bastante discusión al respecto, entre la masa de trabajadores el hecho fue mirado como algo casi lejano. Estoy consciente de que hay tantas anécdotas de indignación en fábricas como de alegría. También puedo relatar varios casos en los cuales el hecho fue considerado como algo absolutamente lejano o ajeno a la realidad obrera. Una hipótesis posible es que cada caso dependía de quiénes tenían activistas en el lugar de trabajo: la burocracia sindical (que los tenía y muchos) o la guerrilla. La ejecución de Rucci puede haber sido un error de concepción política (y de hecho creo que lo fue) pero no detuvo, ni siquiera frenó, el crecimiento de la JTP entre el activismo obrero.

Lo anterior lleva al tema de la violencia. Sergio Bufano plantea que: “El vértigo de la violencia, el uso de las armas, la sola presencia de un arma en el cajón de la mesa de luz, siempre lista para ser usada, no podía menos que transformar las relaciones humanas”.¹⁸ Al igual que Bufano, en muchos trabajos parecería que la violencia irrumpió, en un cielo azul y despejado de una sociedad pacífica y armoniosa, de la mano de una juventud entusiasmada por la gesta guevarista, y que la mayoría del pueblo repudiaba el accionar armado, sobre todo después de 1973. Esta es una visión particularmente ahistórica. La historia argentina está plagada de hechos de violencia política. Además de las masacres de indígenas, de gauchos y de obreros, las elecciones fueron siempre peleadas a tiros por lo menos hasta 1946. Más aun, los partidos políticos tenían un aparato armado, generalmente para la autodefensa. El aparato del PCA es conocido. Pero pareceríamos olvidar que los comandos radicales y socialistas que asaltaban las sedes sindicales después de 1955 eran grupos armados. La famosa “patota” sindical también lo era; y las organizaciones peronistas CdeO, Guardia de Hierro, y

¹⁸ Sergio Bufano. “La vida plena”. *Lucha armada* 1, (enero-febrero 2005), pág. 23.

CNU todas tenían su aparato. En este sentido, la intencionalidad de Bufano queda más clara. Suena bien lo que él plantea, hasta que lo cotejamos con la historia y tratamos de visualizar cómo esto se puede ver en la práctica. En todo caso, Bufano podría tener razón si se refiriera a la disposición de desarrollar la lucha armada para la toma del poder. Esto efectivamente transforma las relaciones humanas en cualquier organización y también en la sociedad en su conjunto. Lo que queda implícito es que, para Bufano y otros, esto en sí mismo es malo. En un contexto de inestabilidad política permanente y de injusticia creciente, se puede cuestionar hasta donde las relaciones humanas en la Argentina de la época eran sanas, o por lo menos hasta dónde representaban una normalidad patológica.

La característica particular de la guerrilla no era el uso de la violencia política, sino que la lucha armada era considerada una de las vías (y para algunos la vía principal) para la toma del poder y la transformación revolucionaria socialista de la sociedad. Todos los que critican a la guerrilla por “violenta” realmente la están criticando por haber sido revolucionaria y haberse constituido en una alternativa real de poder. No todo grupo armado era revolucionario, así como no todos los grupos revolucionarios adherían a la lucha armada. En este sentido, y a pesar de la excelente obra de Ernesto Salas¹⁹, es debatible si Uturuncos puede ser considerado un antecedente inmediato de la guerrilla “setentista”, como si lo pueden ser las FAL de 1962, el EGP, el Grupo Bengoechea y las primeras FAP. En este sentido tiene razón Gabriel Rot cuando plantea que no hay que confundir un hecho delictivo, como el asalto al Policlínico Bancario, con el origen de la guerrilla.²⁰ La aceptación de este hecho como uno de los mitos fundacionales es lo que genera la indignación en la respuesta de Carlos Flaskamp y le sirve para plantear una inmensa cantidad de cosas que no hacen referencia al planteo original de Rot (y conste que no coincido con muchas de las críticas de Rot al guevarismo).

La diferencia entre mitos y realidades es importante para comprender que la guerrilla no fue una anomalía sino un producto de tendencias y planteos profundos en la sociedad argentina (de toda la sociedad y no sólo de la peronista). Durante toda la década de 1955 a 1965 la discusión entre el activismo era el tema del poder. Esta es una

¹⁹ Ernesto Salas. *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2003.

²⁰ Gabriel Rot. “El mito del Policlínico Bancario”. *Lucha Armada* 1 (enero-febrero 2005).

de las cosas que surge de la obra de Gabriel Rot sobre el EGP²¹ (y que es una lástima que él no lo profundizara). Masseti logró desarrollar un embrionario aparato urbano y reclutar militantes para su proyecto foquista. Es más que sugerente que, en 1963, la propuesta de hacer un foco guerrillero en Salta encontrara eco entre la Fede comunista, e inclusive que aquellos que no coincidieron ni adhirieron tampoco los juzgaron como “un grupo de loquitos” o de provocadores. El mismo tipo de cosa surge de la *Historia del Trotskismo* de Ernesto González²² cuando analiza la ruptura de Bengochea de Palabra Obrera, o de la historia de los grupos que se reivindicaron cookistas, o de la del Partido Comunista. En todos la presión y el tema de la lucha armada como vía para la toma del poder generó discusiones, debates y rupturas, mucho antes del surgimiento de los grupos guerrilleros “setentistas”. Y estas discusiones no estaban limitadas a sectores estudiantiles o medios. En Rosario los trabajadores que luego formaron el Comando Che Guevara, en 1969, estuvieron varios años discutiendo y planificando una guerrilla rural como vía al poder; Bengochea tenía fuertes vínculos con sectores obreros; y los azucareros tucumanos en torno a Santucho también planteaban la lucha armada.

En parte todo lo anterior tenía que ver con la situación mundial. Tanto la Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam, como las luchas de liberación en Africa (recordemos el impacto de *La Batalla de Argel* de Gillo Pontecorvo), las gestas del Che, Camilo Torres y Carlos Marighela fueron muchísimo más importantes que el actualmente tan de moda ‘68 francés. Pero esto no alcanza para explicar el fenómeno. Si bien el ejemplo de otras experiencias es importante, no es suficiente para explicar porqué tanta gente y tan variada se lanzó a la lucha por tomar el poder. Evidentemente lo que ocurrió es que los ejemplos internacionales sirvieron para sintetizar experiencias y sentires de, por lo menos, los sectores activistas de la sociedad argentina. Para muchos de mi generación la historia política argentina era de violaciones permanentes a la voluntad popular. Así la “vía pacífica” al socialismo era una utopía irrealizable porque la burguesía jamás lo iba a permitir. Y esto se refrendaba en la historia argentina. Un país mejor y más justo era posible pero sólo derrotando a los poderosos en una lucha abierta. Para expresarlo en forma “setentista”: la violencia de los de abajo era una respuesta a la violencia de los de arriba. En este sentido era aceptada y comprendida por muchos, aun cuando no adhirieran o la compartieran. De ahí que la guerrilla contó con

²¹ Gabriel Rot. *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2000.

²² Ernesto González, coordinador. *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Tomo 3, Vol. 1. Buenos Aires: Editorial Antídoto, 1999.

mucha más simpatía de la que hoy en día admitirían los analistas vinculados a la “historia oficial”, tanto antes como después de 1973.

En gran parte esto tiene que ver con el tema de la democracia. Para Julio Santucho: “Si en 1973 la izquierda argentina hubiera comprendido que el ciclo insurreccional estaba cerrado y hubiera tenido la capacidad de hacer política revolucionaria en las nuevas condiciones, de elaborar un proyecto de conquistas democráticas y de disputar el consenso al peronismo en el marco democrático, la lucha armada no se hubiera prolongado después de las elecciones”.²³ Esta frase no tiene desperdicio porque sintetiza el pensamiento de muchos de los “setentistas” reformados. La hipótesis central de este planteamiento es que era correcto hacer la lucha armada en contra de la dictadura de 1966-1973, pero que fue un error continuarla una vez regresado Perón. La continuación de la lucha armada llevó al aislamiento y a la eventual derrota guerrillera. Esto se veía refrendado en obras aparentemente serias y científicas. El sociólogo Alfredo Pucciarelli, por ejemplo, plantea que a partir del GAN y de 1973 “la Nueva Izquierda ingresó en un círculo oscuro de declinación y debilitamiento que culminó en la política de aniquilamiento de la dictadura militar, en 1976.”²⁴ Como planteé más arriba el problema con esta explicación es que deja de lado el espectacular crecimiento de las organizaciones armadas después de 1973. Pero aún más complejo es que tergiversa que las organizaciones armadas se planteaban revolucionarias y no reformistas electoralistas, y que esto surgió de una particular valoración de la democracia electoral argentina basada en la historia nacional.

En aquella época el parlamentarismo electoral, sujeto a proscripciones y limitaciones múltiples desde 1880, no era una expresión democrática. Las luchas democráticas eran aquellas que se remontaban a los tres levantamientos radicales, a las luchas de los anarquistas, a las huelgas bravas de los comunistas en la década de 1930, a la Resistencia Peronista y, por supuesto, al Cordobazo. Nadie hubiera considerado a Illía “un viejito democrático”, como lo hacen numerosos historiadores y periodistas el día de hoy. Las elecciones eran una conquista de las luchas populares, pero en sí mismas no eran expresión del gobierno del *demos*. Así, cuando uno de los testimonios en el documental *Cazadores de Utopías* declara que ellos (Montoneros) peleaban “por la Constitución” esta falseando la realidad, al igual que los realizadores de la película. Nadie, excepto posiblemente la UCR de fines del siglo XIX, peleaba por una

²³ Julio Santucho. *Los últimos guevaristas*. Buenos Aires: Editorial Vergara, 2004; pág. 176.

²⁴ Alfredo Pucciarelli, editor. *La primacía de la política*. Buenos Aires: Eudeba, 1999; pág. 16.

Constitución que restringía el derecho al voto, que garantizaba las relaciones de producción capitalistas, y que consagraba un senado y un colegio electoral como garantía de los poderosos.

Este es el contexto para comprender la actitud de las organizaciones guerrilleras a la apertura de 1973. Los que critican al PRT por antidemocrático se olvidan que éste participó en las elecciones de 1965 logrando varios éxitos y proponiendo reformas importantes en el parlamento (la Ley Fote) para ver su esfuerzo birlado en el golpe de 1966. Lo mismo podemos decir de Montoneros que fue central para el triunfo electoral del peronismo en 1973, para encontrarse con la masacre de Ezeiza y el golpe palaciego de Perón, Lastiri y López Rega que derivó en la renuncia de Cámpora.

Pero además, y como señalé más arriba, el objetivo final de la guerrilla era la toma del poder para hacer la revolución socialista. Entre ellas discrepaban en cuanto al contenido del término “socialismo”, respecto de las estrategias y a la valoración de Perón en función de este objetivo, pero el mismo no se ponía en duda. Las elecciones de 1973 fueron consideradas por un amplio sector del activismo como un momento antes de que la burguesía volviera, a través de un golpe de estado, a violar la voluntad popular. En este sentido plantear que Montoneros tendría que haberse desarmado, o que el PRT-ERP debería haber hecho algo más que una tregua, es una visión contrafáctica de la experiencia histórica nacional y de los objetivos de la guerrilla. En todo caso la crítica debería ser a que sus políticas y estrategias no llevaron a una suficiente acumulación de fuerza que les permitiera resistir exitosamente la eventual contraofensiva capitalista. Pero aun esta crítica tiene el problema de ser hecha desde la derrota. En su momento histórico el crecimiento de las organizaciones armadas fue vertiginoso y sólo lo que ocurrió después nos lleva a cuestionarlo como insuficiente.

Por otro lado, muchas de las críticas a la guerrilla y su accionar del período olvidan que sus enemigos no se llamaron a sosiego luego de las elecciones de 1973. La masacre de Ezeiza, el asesinato de militantes, la represión de las movilizaciones fueron hechos de la época. La guerrilla no provocó el golpe de 1976, como no hizo falta guerrilla para que hubiera numerosos otros golpes en nuestra historia. En todo caso lo cruento del golpe se debió no tanto al tema de la lucha armada, sino más bien al hecho de que la guerrilla había logrado constituirse en un embrión de alternativa de poder, sobre todo porque su penetración en la clase obrera era cada vez mayor. Ese poder era un dique de contención al proyecto de transformación de la Argentina en lo que hoy se denomina una “sociedad de mercado”, y que había comenzado por lo menos desde la

dictadura del general Onganía. Según los distintos informes de inteligencia (en mi caso consulté la norteamericana) ese embrión era considerado con posibilidades reales de constituirse en una alternativa plena y por ende el golpe de 1976 tenía dos fines: preventivo y transformador.

Mi planteo es que la guerrilla si valoró la democracia, pero que su definición de este término equivalía a “voluntad popular”. En este sentido el parlamentarismo capitalista era, en el mejor de los casos, una democracia restringida. En cambio la democracia guerrillera se asentaba en la movilización popular, y se concretaba en la conformación de formas de organización con características de poder dual: comisiones villeras, agrupaciones sindicales y estudiantiles, comités de base y un sinnúmero de otras formas que permitían plantear la conformación de un poder popular genuinamente democrático. La visión actual se asienta sobre el éxito de la “democracia” alfonsinista que fue el resultado del aniquilamiento de las posibilidades de democracia popular.

Parte de la complejidad de esta interpretación proviene de la valoración de Perón y del tercer gobierno peronista. Miguel Bonasso²⁵ deja en claro, en su referencia al “somatén”, que el viejo general había retornado al país para coartar toda posibilidad de democracia popular. Pero al mismo tiempo contradictoriamente tiende a reivindicar a Cámpora y su gobierno. Mi opinión es que los avances populares durante el gobierno camporista se debieron más a la presión de las masas que a alguna veleidad democrática insospechada del viejo *aparatchik* peronista.

Por otra parte, según Flaskamp “el peronismo mostró que mantenía su vigencia”.²⁶ Realmente lo que mostró el peronismo es que estaba profundamente fraccionado y que sólo la figura de Perón podía generar algún tipo de disciplina. La división entre izquierda, centro y derecha peronista eran fenómenos nuevos gestados después del golpe de 1955. Al mismo tiempo las permanentes denuncias de distintos dirigentes de indudable alcurnia peronista sobre los “infiltrados” en el movimiento, demuestran no sólo la fractura sino que la izquierda no era para nada marginal. En 1960 la izquierda marxista se limitaba a un PCA y algunos pequeños grupos trotskistas. En 1973 la izquierda era una amplísima gama de organizaciones. Es relativamente cierto que tenían poco peso electoral (excepto el PCA que motorizó la APR con casi 900 mil votos) pero eso sería solamente reducir el peso político a una mera capacidad de movilizar votantes. Lo que si se puede constatar es que la clase obrera (peronista y no

²⁵ Miguel Bonasso. *El presidente que no fue*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 1997.

²⁶ Flaskamp, op. Cit. 105.

peronista) no aceptó el Pacto Social y que hacia 1975 el flujo de activistas obreros hacia la izquierda (armada y no armada) era un río. Cuando Montoneros declaró el fin del peronismo y el pase al montonerismo lo que estaba haciendo era constatando la realidad de una profundísima crisis del movimiento peronista y su agotamiento como proyecto reformista. Así como el golpe de 1976 congeló el deterioro de las burocracias sindicales desafiadas por insurgencia de base, también puso fin al deterioro del peronismo como movimiento político.

En este sentido es materia opinable si Montoneros o el PRT-ERP tuvieron razón en cuanto a su táctica frente a la apertura de 1973. Por un lado el ingreso de Montoneros al gobierno le permitió aprovechar algunos espacios en el aparato del estado, pero por otro, tanto bajo Cámpora como bajo Perón, los hizo partícipes de un gobierno con características cada vez más represivas. El pase a la clandestinidad en 1974 también puede ser interpretado como una autocrítica por haber ingresado al gobierno: o sea, como un reconocimiento de que esa táctica había fracasado. Por su parte, el PRT-ERP tanto con su planteo de tregua inicial como con el copamiento de Sanidad, ya renunciado Cámpora, puede ser interpretado como una caracterización correcta de la evolución del gobierno. Pero también como una incapacidad de aprovechar en forma más cabal los espacios democráticos ganados por la movilización popular y una provocación militarista. Sus dos propuestas de tregua posteriores también pueden ser interpretadas como un reconocimiento del fracaso de su táctica de 1973. El problema es que más allá de la caracterización del momento, el mismo era sumamente complejo y, en particular, tendemos a olvidar la juventud e inexperiencia política de la gran mayoría de los cuadros guerrilleros.

Esto lleva también al planteo en torno a la dirección de las organizaciones armadas. Para muchos de los que han escrito sobre el tema (particularmente en el caso de Montoneros) las direcciones son directamente responsables de la derrota. Amorín, por ejemplo, plantea al principio de su obra que otra hubiera sido la historia de no haber accedido Firmenich al primer puesto en la conducción de Montoneros. Martin Andersen sugiere que el dirigente Montonero era un agente de los servicios de inteligencia. Ernesto González hace referencia a la “desesperación pequeñoburguesa” de Santucho. María José Moyano²⁷ equipara a la guerrilla y a su dirección a una “patrulla perdida”, tergiversando la metáfora de Rodolfo Walsh. Flaskamp declara que “sabemos que

²⁷ María José Moyano. *Argentina's Lost Patrol. Armed Struggle, 1969-1979*. New Haven: Yale University Press, 1995.

conducciones políticas que aislaron del pueblo a las pretendidas vanguardias contribuyeron a poner al campo popular en las peores condiciones...²⁸ Evidentemente la culpa de todo la tienen los cuadros de dirección.

Todo puede ser, pero esa individualización explica relativamente poco. Primero de todo, porque lo que queda claro en distintos testimonios es que las direcciones de las organizaciones eran legítimas y representativas de sus bases. Pero sobre todo porque una organización es mucho más que su dirección. Suponiendo que las críticas fueran en alguna medida (o totalmente) acertadas, habría que explicar porqué tantos excelentes militantes obedecieron a direcciones poco idóneas. Una vez más la respuesta parece estar en una visión desde el hoy y la derrota. En cambio las tácticas y estrategias de las conducciones guerrilleras eran refrendadas en la práctica. Claramente, medido en el crecimiento y en la influencia de las organizaciones, entre 1970 y 1975 estas parecían acertadas. Al mismo tiempo, estas conducciones al igual que la vasta mayoría de los militantes guerrilleros hicieron experiencia política en el mismo período de auge. No existía nada en el acervo de las mismas para lidiar con retrocesos agudos o con derrotas profundas. Asimismo, los primeros cuestionamientos en el seno de las organizaciones (no así en sus frentes de masas) parecen haber surgido con alguna fuerza recién en la segunda mitad de 1975 a raíz de fracasos notables como los copamientos a Formosa y a Monte Chingolo. Recordemos que las agudas críticas de Rodolfo Walsh recién ocurren en torno al golpe de estado de 1976. Se pueden hacer críticas a Firmenich y a Santucho (de hecho creo que es saludable hacerlo) pero tomando en cuenta el contexto histórico y político, y la propia trayectoria de sus organizaciones.

Asimismo, el supuesto autoritarismo de las conducciones guerrilleras debe ser considerado en el marco de organizaciones revolucionarias clandestinas en un contexto de lucha armada y represión. Toda organización política y toda sociedad tienen características autoritarias que permiten su supervivencia y reproducción, estableciendo parámetros de “normalidad”. La normalidad guerrillera se derivaba de su realidad y del contexto en que desarrollaban su accionar. Esto no es para excusar comportamientos particulares, sino más bien para comprender por qué la militancia de la época no los sentía como “autoritarios”.

En el fondo la crítica a las direcciones parece encerrar la acusación de que son responsables de la derrota. Yo no coincido. Creo que los primeros responsables son las

²⁸ Flaskamp, op. Cit. 105.

Fuerzas Armadas y la burguesía que desarrollaron una represión salvaje e inédita en el país. La inexperiencia de la guerrilla hizo muy complejo encontrar respuestas adecuadas al accionar de una burguesía con un siglo y medio de experiencia en la dominación.

Pero la represión y las insuficiencias de la guerrilla por si solas, no explican por qué organizaciones grandes y poderosas desaparecieron en un año y medio de represión intensa. En mi trabajo he sugerido varias respuestas. Una me parece particularmente importante: las organizaciones se equivocaron en cuanto al nivel de conciencia revolucionaria alcanzado por el conjunto de la población. Dicho de otra forma: la combatividad no necesariamente es conciencia. La guerrilla nació en los intersticios de la relación dialéctica entre un mundo que surgía y otro que estaba desapareciendo. En las trincheras de la sociedad civil, la Argentina de 1960 era una sociedad en rápido cambio. Los efectos del peronismo y del desarrollismo se sentían en una clase obrera más organizada y económicamente mejor. Fueron los hijos de estos trabajadores y empleados que fueron enviados a la universidad con grandes esfuerzos por parte de sus familias. Para esta minoría universitaria de clase obrera, este desclasamiento hacia arriba fue un rudo despertar al encontrar un mundo que no sólo estaba lleno de injusticias sino que contrastaba duramente con el mundo del cual venían; y, además, tenían las herramientas (conocimientos) para interpretarlos. Así, se les apareció un mundo en erupción que debía ser modificado porque era esencialmente opresivo e injusto. Y de ahí se lanzaron, por distintas vías, a la revolución. Pero, para sus padres y para la mayoría de los trabajadores la Argentina de la década de 1960 era un mundo injusto que estaba siendo cambiado y podía serlo aún más vía reformas. Lejos de ser un problema del capitalismo en sí, éste les proveía las posibilidades de mejorar. ¿O acaso no estaban enviando a los hijos a la universidad? ¿O acaso no era esa la lección dejada tanto por Perón como por Frondizi? ¿O acaso el obrero de la gran fábrica no sólo tenía su coche sino que construía su casa y podía aspirar a establecer su taller? Para éstos el problema era que un sector minoritario aunque poderoso obturaba el camino a más y mayores reformas. Así, si bien para los primeros el problema era sistémico para los segundos era sólo político. De ahí que cuando ambos coincidieron (1969-1973) el resultado fueron poderosas movilizaciones populares. Cuando no coincidieron (1973-1974) estas movilizaciones se realizaron en pos de las reformas y no de la revolución. Y cuando la contradicción entre ambas se hizo aguda –y había que arriesgar unas para obtener otras– frente a la represión, el pueblo se retiró dejando a los revolucionarios solos.

Por último se debe aclarar que no se derrotaron sino que los derrotaron. La guerrilla cometió numerosos errores, pero la represión le impidió la posibilidad de visualizarlos en profundidad y corregirlos. No sólo no hubo tiempo sino que fueron muertos aquellos cuadros que podían haber corregido los déficits y haber consolidado la organización. Por primera vez en la historia argentina se intentó una alternativa de poder revolucionario para la clase obrera. Pero al mismo tiempo no se logró consolidar una estructura de militantes formados. Y su debilidad se reveló cuando, a la muerte de tantos de los cuadros históricos experimentados, la formación no pudo resistir los efectos ideológicos de la derrota. La derrota fue humana, militar, política pero, por sobre todas las cosas, ideológica. Como producto de la derrota, durante la década de 1980 muchos de los sobrevivientes se alejaron del socialismo y la revolución para adoptar posturas cada vez más nacionalistas y reformistas. Y en general estos son los que han tenido la posibilidad de escribir la historia.